

ella

Walter J. Mucher

Lentamente la madrugada atenuaba su alrededor. Una voz infiltraba suavemente lo más profundo de su ser. Sobre su piel descubierta una inocua brisa se confunde con la voz. Frío . . . un incontrolable frío cercaba su cuerpo . . .

Hacia frío esa noche.

Para Roberto los milagros eran pocos, si algunos. Pero, si eran de creer, ella lo ameritaba. No era situación extraordinaria la que los había unido. Mas diría una accidental que milagrosa. Una tarde . . . una soledad . . . Roberto rondaba sin mayor motivación. Y en una esquina, cuando menos lo esperaba, Roberto la vio. Sola. Su piel reluciendo una frescura sin igual.

Roberto se aguantó. Tantos años de hipocresías y de falsas promesas habían endurecido el espíritu de Roberto. Era demasiado esperar para creer que esta hermosura fuese real. Pero la seducción fue fatal.

Roberto no podía contener su asombro. Se ruborizaba al pensar que alguien pudiese darse cuenta de tal enamoramiento. Atemorizado de su vulnerabilidad, Roberto partió.

Era muy tarde. Un frío que circunvalaba el volátil calor de su cuerpo comenzaba a empañar sus sentidos.

Para Roberto fue amor a primera vista. Había quedado estupefacto con la presencia de tal aparición ante sus ojos. Y la caja de Pandora había sido abierta.

Esa noche Roberto pensaba en ella. Su figura, su liquidez, el claro verde-azul de su mirada, su aroma. Para Roberto el ardor emitido por ella era evidente. Y su sonoridad le evocaba recuerdos de dulces tambores en frenesí sexual.

Tenía que poseerla . . .

kjr . . .

Lleno de ansiedad, Roberto retornó al lugar donde la había divisado la tarde anterior. ¿Estaría allí? o ¿habría escapado de sus manos? ¿Sería ella todo lo que él soñó? o ¿habría sido todo nada más que una mera ilusión?

Entrando por las puertas de cristal Roberto estudió el local. ¿Donde fue que la vio? En cuál esquina? Roberto no tardó en localizarla. ¡Oh! Era tan hermosa como la recordaba. Sus líneas, sus curvas, y su voz seductora lo llevaban al olvido.

Sí. Ella era especial. Era lo que siempre había anhelado: la unión de belleza y lealtad. Roberto podía percibir que ella nunca lo decepcionaría. ¡Oh, amor! ¡Oh, sublevación!

Sublevación.

. . . rjk.

A su alrededor el aire comenzaba a rarificarse.

Pronto la relación se fue sublevando. Se había convertido en una relación sado-masoquista. Roberto sólo recibía de ella lo necesario para sobrevivir. Su cuerpo era frío ante los avances de Roberto, frío como la muerte. Su voz lo tentaba melódicamente con perversa sensualidad implorando su total atención y devoción durante las noches. ¡Oh, Orificios de Satanás! Como cuevas de leones ante cristianos momificados. La pleitesía que le rendía Roberto a ella era agonizante. Roberto estaba enteramente subyugado a los deseos de su ferocidad. Pero, ¡Qué ferocidad! ¡Qué calor! Su ritmo . . . su calor . . . y su gemir eran agobiantes, hipnóticos. Y, al final, ¡el clímax! Sin decepción, su larga espera era recompensada por un ardor incomparable. Tendido sobre ella, Roberto suspiraba los últimos dolores en el vacío.

¿Satisfacción?

¡Garantizada!

kjr . . .

Tantos años sin quejas. Tantas experiencias sin igual. Y cada noche, cada momento, una dolorosa unión de dos seres, una odisea que culminaría en satisfacción total.

Satisfacción total.

Hasta esa maldita noche. . . .

. . . rjk.

Roberto había estado trabajando hasta tarde en la noche. Un nuevo proyecto. Un nuevo cliente. Y era de menester dedicarle horas extras esa noche para ganar la subasta.

tick . . .

La noche avanzaba lentamente sobre los papeles en su escritorio. El hipnótico ritmo del reloj sobre la chimenea le evocaba a Roberto el tan impaciente sursurrar de su amor.

. . . tock.

El calor.

La luna acentuaba su sudor.

Su espeso aliento lo sofocaba.

tick . . . Segundos.

. . . tock. Minutos.

tick . . . Horas.

Roberto perdía su concentración con el lento pasar del tiempo. Las figuras sobre el papel formaban siluetas de ese ferviente amor sin razón. Su frialdad, su aroma. Todos sus rasgos eran evocados por la suavidad de luz lunar sobre sus papeles. Segundo tras segundo Roberto no hacía nada más que anhelar estar con ella.

. . . tock.

La desesperación era demasiado para Roberto. Con salto desquiciado, se propulsó ferozmente de su silla, regando los papeles tras él; y levantando su chaleco, salió del despacho con paso ligero.

kkjrr . . .

—¿Habrá empezado?—se preguntaba Roberto en el carro. No era suficiente que él tuviera que trabajar tarde esa noche, pero el no haber tenido suficiente tiempo para poder reprogramar su encuentro de esa noche . . .

45 . . . 55 . . . izquierda . . . ¡que se joda la luz! . . . próxima derecha . . . Todo sin razón todo sin pensar Roberto sólo pensaba en ella, en llegar.

65 . . . ¡tum! . . . ¡maldito perro! . . .

Roberto actuaba por instinto. Como el cantar de las sirenas, su esencia lo llamaba a su encuentro; como hambrienta fiera le imploraba su pleitesía, su tacto, su rendimiento. Roberto se dirigía hacia las rocas.

. . . rrjjkk.

Roberto ya no pensaba, no miraba, no sentía. Había llegado tarde. Había transcurrido lo imposible. Tantos años. Tanto servicio. Ella había comenzado su rito de todos los días.

¡Y ahora estaba fría!

¡FRIA!

rrrrrrrr . . .

Lentamente su ritmo comenzaba a acelerar. Su furia aumentaba en proporción de su desesperación. ¡Fría! ¡La maldita estaba fría! Roberto temblaba con ardor pasional, su visión se nublaba con ira ante el frío. Su ondular, su ardor pasional había aumentado con cada ciclo. Y al llegar al momento del clímax: ¡NADA! No sintió el calor, no sintió el aroma, no sintió ni el sudor de la obra.

. . . rrrrrrrrr . . .

De hecho, Roberto casi ya no sentía nada.

Roberto ya no sentía el calor, no percibía el aroma, no volvería a sentir la pasión. Había llegado y ella había pronunciado su disensión.

—¡FRIA!

Todo estaba frío.

Roberto no entendía. Tantos años, toda esa garantía. Y ahora fría.

—¡Maldita! ¿Por qué? ¿Por qué fría?

Ella no escuchaba su implorar.

Encolerizado Roberto empezó a tirar la ropa por todos lados. Jabones y frisas se desplomaban al piso.

—¡Fría!

Su visión se oscurecía lentamente y el aire se espesaba a su alrededor. Ante ella, un tenue rayo de luz atravesaba el tragaluz; y jugando con la espesura del rocío, creaba un bello patrón sobre las frías lozas de la mañana.

ding . . . dong . . .

La falta de aire le creaba espasmos de intelección desordenada, sin comprender. Con sus últimos momentos de nublada conciencia, Roberto capturaba la realidad de su situación. El matutino rayo de luz era corrompido por el lento oscilar de su cuerpo. En el vaivén una silla derribada entraba y salía de su campo visual. Y la sogá se estremecía con la repentina carga que debía soportar. En la lejanía Roberto podía discernir el mecánico sonido de su servicio de mensajes, y una fantasmal voz que surgía lentamente de esa electrónica profundidad que invadiría su eterno sueño:

. . . rrrrr-click.

Señor Campos. . . Es Rosa . . . Ayer tuve problemas con la secadora. . . . Los técnicos de la **Maytag®** quedaron con venir mañana a trabajar en ella . . .

Kkjjrrrrrkk.

Hacia frío.